

Tribuna Abierta

Reflexiones de un ecologista aragonés harto

© José A. Domínguez

Dedico este escrito a los ecologistas que nos precedieron y a los que nos sucederán

El pasado verano, en la semana de retiro vacacional playero a que me obliga la institución familiar, me dediqué a rastrear en los *Bol. SEA*. editados hasta entonces, todas aquellas referencias al *ecologismo* o a los *ecologistas* que se hacían en sus artículos de debate y opinión. Fui subrayando y anotando lo que parecía relevante. Incluso me llegué a hacer un esquema mental para realizar un análisis crítico-estadístico de los significados que les asignaban los diferentes autores a esos términos. El panorama no resultaba esperanzador. La impresión era que, por mayoría absoluta, el tándem *ecologismo- ecologistas* salía muy mal parado en los *Bol. SEA*. y el pobre binomio era, no sólo la estera sobre la que descargar las deficiencias propias del movimiento ecologista, sino también sobre la que descargar la responsabilidad de los principales males que amenazan a la naturaleza en general y a la entomología en particular, como son la legislación ambiental existente, la mala prensa que tiene la entomología, la incompreensión y persecución que dicen padecer los *pobrecitos* entomólogos... incluso la galopante degradación que sufren los espacios naturales después de protegidos. En fin, el Apocalipsis.

Recordemos que el desencadenante de los sucesivos artículos de opinión sobre ecologismo fue aquel ya lejano *Más madera para la hoguera* de A. Melic donde arremetía contra los ecologistas, a propósito de otro artículo aparecido en la revista *Quercus* en septiembre de 1997 en el cual se objetaba el propósito y la forma de la recolección de insectos.

El caso es que con la vuelta a casa pensé en redactar durante el resto del verano mis reflexiones para un artículo de opinión en el *Bol. SEA*. Pero la realidad fue mucho más contundente y acaparadora. Al llegar a Zaragoza, leer la prensa y abrir el buzón de la asociación, inmediatamente resulté absorbido por la tarea de denunciar ante los medios de comunicación nuevos atentados al medio ambiente, por lo menos para que queda-

ra testimonio de los desaguisados; de revisar los boletines oficiales acumulados, los cuales anunciaban un buen puñado de parques eólicos en las cumbres y parajes más emblemáticos de Aragón y también avanzaban alguna instalación industrial de dudosa eficiencia, proyectos todos que había que estudiar y alegar si daba tiempo; por otra parte, el contestador del teléfono guardaba varias llamadas de ciudadanos ansiosos, los cuales solicitaban o daban urgente información sobre chandrios varios en los cuatro puntos cardinales de nuestra región. Como se ve, un panorama muy alentador. Luego llegó el curso (soy profesor de alumnos del primer ciclo de ESO) y para más inri sucumbí a la oferta que me hizo nuestro ínclito secretario para sacar adelante y dar cuerpo a *Eco-SEA*, la sección sobre defensa y conservación que integra el *Bol. SEA*. En fin, que ante tanta ocupación, las disquisiciones veraniegas sobre el ecologismo terminaron en el fondo de la carpeta mental. Además, como César M. Álvarez ya había dado el contrapunto escrito, como ecologista confeso, el tema parecía andar un tanto equilibrado.

Pero al recibir el último *Bol. SEA*. y leer el comentario de J. M. Echevarría que torna a incidir en las responsabilidades (mejor, irresponsabilidades) del ecologismo, y, de nuevo, de A. Melic, para poner de vuelta y media a sus componentes (*ecologistas de fin de semana*), no puedo menos que salir al paso y, de una vez, pedir que la gente defina los términos que utiliza y que, cuando acuse (o cuando alabe) por lo menos, dé nombres y datos. Yo, por mi parte sí que voy a intentar darlos y definir algunos conceptos, aunque no me considero con fuerzas ni tiempo para revisar ahora de nuevo todos los boletines y puntualizar exactamente lo que se ha ido diciendo (generalmente, para mal) sobre ecologismo en ellos. Pero, no obstante, creo que tanto Echevarría como Melic y Fernández Vidal atacan de forma furibunda y reiterada al ecologismo. Lamentablemente, también creo que lo hacen de forma general e indiscriminada y, por tanto, con cierto tinte demagógico y reaccionario.

ECOLOGISTAS

Si no luchas contra la corrupción y la podredumbre, terminarás formando parte de ella.
Joan Baez.

El término ecologismo y el calificativo de ecologista con el que se designa a sus miembros se utiliza en muchos contextos diferentes y con significados diversos. Por ello lo primero que debería hacerse es definir, matizar y depurar el significado de estos términos. Más que nada para saber de quién o de qué estamos hablando. Y por hacer justicia a todos.

Una de las cosas que más me sorprende es que cuando se arremete y critica a los ecologistas (en el *Bol. SEA* se los tacha de *indocumentados, irresponsables, fascistoides, aborregados, arrogantes y demagogos, ecololistas, ecolofistros, naturalistas de fin de semana*), posteriormente, los autores que así los califican se suelen definir, tarde o temprano, también como ecologistas. Por ejemplo, mi amigo A. Melic lo hace implícitamente cuando confiesa *...íntimamente tengo el convencimiento de haber hecho más por el medio ambiente de este país -con todo lo poco que ha sido- que todos estos charlatanes juntos* (refiriéndose a los ecologistas). Y Fernández Vidal se identifica, parece ser, con los ecologistas verdaderos, los *freelance* que llama. También es habitual que, después de poner a parir a los ecologistas, se termine diciendo que, bueno, hay excepciones, que también hay (en algún lugar recóndito, supongo) ecologistas serios y responsables. Pero nadie especifica qué es lo que da a los ecologistas el carné de serios y responsables.

Esta especie de esquizofrenia es un fenómeno común y extendido, probado por mi experiencia personal. Al hablar con la gente de mi entorno laboral y familiar, con vecinos, incluso con políticos, personas todas que nunca se acercarían a un grupo ecologista ni en pintura porque consideran a sus miembros, no sé... poco serios, o rojos, o ácratas (o portadores de algún estigma inconfesable y contagioso), pues bien, a lo largo de la conversación te confiesan que ellos también (en la intimidad, vuelvo a suponer) son ecologistas; es más, son los primeros y más fervientes ecologistas. Claro, entonces yo esbozo una sonrisa. Está muy bien que se consideren como tales reciclando el papel y el vidrio, bajando a comprar con la propia bolsa de plástico y regalando juguetes de madera. Aunque eso no es ser ecologis-

ta. Eso es ser sólo un ciudadano medianamente responsable y sensato. Pues bien, a lo que iba, en el fondo, todo el mundo dice ser ecologista o hacer algo por la ecología. Primer prototipo de ecologista. El oculto.

También los cazadores se consideran ecologistas. No vean cómo defienden sus argumentos. Son los primeros en querer que se conserve la naturaleza. Pero luego el plomo lo dejan en el campo para que se integre bien en la cadena trófica. Su ecologismo es tal que al comenzar la temporada de caza se incrementa exponencialmente el porcentaje de fauna protegida que llega a los centros de recuperación como consecuencia de disparos. Su amor a la naturaleza es tan incommensurable que no dudan en poner cebos envenenados y cepos y lazos que, como se sabe, son artes nada selectivas e incruentas. Este es el otro tipo de ecologista. El matarife.

Y los agricultores. No veas. Viven del campo. O sea que el ecologismo se les supone, lo llevan en la sangre, lo respiran todas las mañanas. Siguen las ancestrales prácticas *sostenibles* de quemar los rastrojos minuciosamente (este otoño el Campo Romanos era un tizón irrespirable) y fumigar respetuosamente los alimentos que nos van a poner en la mesa. Cómo no, el agricultor ecologista está muy al tanto para roturar y apropiarse de ese soto que se había formado en la orilla del río (y estaba un tanto despistado en la zona de dominio público) o para roturar aquel espartal en plena primavera para sembrar un trigo, que nunca pensó recoger, pero sí cobrar una suculenta subvención de dineros comunitarios. Son los ecologistas rurales. Son tan ecologistas que dicen que primero hay que proteger a la especie humana, especialmente en Monegros o Gallocanta, aunque luego no duden en querer acabar con los humanos ecologistas (de ciudad) a gorrazos.

Como ven, hay ecologistas por todos los lados. Camuflados, con escopeta, con sulfatadora. Así, que casi me da miedo definirme ecologista.

Pero hay más. Son los buenos ecologistas, los auténticos. Titulados universitarios. Tienen su propia Consultora, Gabinete o Fundación. En tiempos, cuando jovenzanos, muchos incluso fueron socios o militantes de grupos ecologistas. Pero eso ahora no lo dicen, sería un desprestigio. Un error de juventud, un pecadillo sin importancia. Ahora lo purgan viviendo de los fondos LIFE o LEADER o haciendo estudios de impacto ambiental para las empresas eólicas, para las Confederaciones Hidrográficas o el Ministerio de Fomento. Han encontrado el chollo: vivir del medio ambiente. Se codean con la Admi-

nistración. Con las empresas eléctricas. Les hacen campañas publicitarias. Les lavan la cara y comen de su mano. Son los olvidadizos, por llamarlos de una forma suave.

Luego están los que conservan la naturaleza en incommensurables extensiones. El ejército, que se jacta de la riqueza biológica existente en los campos de maniobras (recuerdo perfectamente declaraciones de Narcís Serra en ese sentido) y algún que otro conde o noble o terrateniente, con sus extensos cortijos. Vamos, como ocurría en la Edad Media con los señores feudales o religiosos. Y hoy, como sucede con los artistas de cine y magnates que se han comprado su propia isla... También son ecologistas... a su pesar.

Aún podríamos extendernos más porque, sinceramente, todo el mundo quiere ser ecologista. Los empresarios de Aragón, sin ir más lejos, quieren serlo y se montan la Plataforma Ambiental, con apoyo de dineros públicos de la DGA, por cierto. Son los advenedizos. También quieren ser ecologistas los partidos políticos, que todos tienen su comisión de medio ambiente; aunque, hasta dónde llegan, dentro del propio partido, las propuestas que se elevan, es otro tema. Son los modernos. Y qué decir de los hombres (y mujeres, se entiende) de ciencia. También quieren participar en la movida ecologista. Eso sí, con rigor, sin mezclarse con los *indocumentados* que puedan pulular por ahí. Desde la distancia que ofrece el Departamento universitario, el centro de investigación o la correspondiente Fundación creada *ad hoc*. Con las garantías que da la Ciencia (fuera de ella es el caos). Son los poseedores de la verdad.

Y luego están, estamos, el resto. Los grupos que trabajan en la defensa del medio ambiente, así de simple. Sin boato. Joaquín Araújo, en su libro *XXI, Siglo de la Ecología* define bien el concepto de **ecologismo**. Dice textualmente: *El ecologismo es un movimiento social, en gran medida activista y beligerante, ya en casi todas las facetas de la vida pública, que mana de la toma de conciencia de algunas evidencias que nunca hubiéramos llegado a visualizar sin las aportaciones de la información científica proporcionada por la ecología. Tiene un claro asidero ideológico y un buen andamiaje propositivo a partir de un conjunto de ideas para leer la realidad de una forma diferente. El ecologismo es al mismo tiempo un radical desmentido del sistema al uso y abuso actuales.*

Creo que como definición vale. Pero aún este ecologismo posee sus diferencias y gradaciones. Está el ecologismo que goza de gran predicamento ante la prensa y la Administración. El de

los grandes grupos, de ámbito nacional, muy jerarquizados, tipo Greenpeace, ADENA/WWF o SEO que poseen una amplia base social, miles de socios, que pagan religiosamente sus cuotas pero no se comprometen. Grupos donde sus directivos están remunerados y se dedican al ecologismo de forma profesional. Son organizaciones con excelente solvencia económica, con todo un plantel de especialistas (abogados, biólogos, químicos...) y con fuertes relaciones internacionales. No en vano algunos, como Greenpeace o ADENA/WWF, son delegaciones nacionales de sus correspondientes organizaciones internacionales. Se dedican a problemas globales: cambio climático, ozono, comercio de especies, residuos nucleares, contaminación marina...

Y también está el ecologismo de base. Donde los socios son, somos, a la vez militantes. Donde el trabajo de defensa no está profesionalizado. Grupos de funcionamiento más o menos asambleario, de ámbito local o regional, pegados al terreno, en los que los militantes tenemos que poner tiempo, esfuerzo y dinero propios. Porque, reconozcámoslo, la actividad de defensa, la que airea los chanchullos de la administración, la que descubre la rapia de las empresas y de pícaros varios, esa actividad de denuncia, de incordio, no está subvencionada. Somos, supongo, los denominados radicales. Pero, pregunto: ¿Somos radicales por todo esto? ¿O quizás porque no renunciamos a ciertos principios? A este respecto viene que ni pintada la carta que envió un colega de Ecologistas en Acción a diferentes periódicos y medios de difusión aragoneses, carta que se transcribe en este mismo volumen y aclara muy bien donde está cada uno. Léansela.

Araújo diferencia este ecologismo combativo y beligerante del denominado ambientalismo, al que califica de hermano menor del ecologismo. **Ambientalismo** al que define como *...un reconocimiento de la degradación de la naturaleza y de sus secuelas, pero que contempla la solución dentro del sistema. Ya lo arreglará todo la mano oculta del mercado, con aplicación de soluciones tecnológicas y presupuestarias, a lo que, en el corto plazo, se apuntan obviamente los ecologistas y los naturalistas, situados a ambos lados de esta opción media.*

Araújo nombra aquí a otra corriente como es el naturalismo. En este modelo yo incluyo todos los que estudian la naturaleza en sus diferentes aspectos. Los entomólogos, aficionados o profesionales se integrarían en este grupo. Por supuesto, también ornitólogos, herpetólogos, botánicos, geólogos...

Muchos de ellos se reparten por los grupos de estudio de la fauna o de la flora, son profundos conocedores de los rincones de su patria, de los bichos, de las plantas. Les encanta descubrir nuevas especies, realizar primeras citas, encontrar ejemplares raros. Viajan y salen al campo muchísimo. Incluso generan conocimiento científico. Pero son eso, naturalistas. Nunca ecologistas. Ni siquiera *ecologistas verdaderos* o *naturalistas freelance* que dice Fernández Vidal. No son ecologistas a no ser que, como hacen otras personas y profesionales de otros ámbitos bien diferentes, den el salto a la denuncia, levanten la voz en foros públicos y pasen al activismo y la beligerancia.

Porque el ecologismo es eso, compromiso, beligerancia, rebelión contra la soberbia, contra la injusticia, contra la exclusión, contra la devastación, contra los excesos, contra la deshumanización, contra la irracionalidad. No avanzamos nada si somos ecologistas en casa y dejamos que en el trabajo o en nuestra sociedad sigan existiendo los privilegios, la corrupción, el despilfarro, el atropello, el cinismo, el consumismo; si no intentamos que mejoren las cosas y que la sociedad sea más justa, más equitativa. No logramos nada si estudiamos y descubrimos algún coleóptero excepcional en alguna planta rarísima y nos cruzamos de brazos cuando han asfaltado o roturado el lugar. Es más, si no intentamos, al menos, que el nombre del culpable figure en letras de molde, si no intentamos prevenir la destrucción anticipándonos a una próxima ocasión.

Sobre el origen del ecologismo podría extenderme mucho más. Pero sólo cito, a modo de referencia las palabras de Benigno Varillas: *...el ecologismo no es ningún mensaje venido de más allá de las estrellas. Es el otro yo, la otra cara de la sociedad industrial... y crecerá en la misma medida en que lo haga el modelo desarrollista.*

En fin, para introducirse en los principios y fundamentos del movimiento ecologista, recomiendo leer el artículo de Nicolás Sosa al respecto, publicado en *Ecología Política*, revista que, por cierto, aún sin llevar colorines se vende al público.

A MODO DE BALANCE

Un puñado de abejas vale más que un saco de moscas. Proverbio árabe

Y, en esta tierra, sin ir más lejos, los hechos son los que avalan la trayectoria del movimiento ecologista. Probablemente un puñado de iluminados, utópicos y románticos. Probablemente un minúsculo puñado de aragoneses. Pero, ¡vive dios! qué personas.

Gracias a algunos ecologistas aragoneses, de esos que llaman iluminados -de la hornada de Adolfo Aragüés-, a finales de los años 70 no se desecó la laguna de Gallocanta tal como proyectaban los políticos de la época. Hoy Gallocanta es un enclave de importancia mundial.

Gracias a los iluminados de comienzos de los 80, no se construyó el embalse del río Bellós ni se inundó en Valle de Añisclo. Hoy Añisclo forma parte del Parque Nacional de Ordesa y es Patrimonio de la Humanidad.

Gracias a otros indocumentados garramantas se cerró la empresa Inquinosa de Sabinánigo que fabricaba lindano y vertió ilegalmente durante décadas, dejando miles de toneladas de residuos organoclorados en varios vertederos del Serrablo y otros lugares pirenaicos aún por descubrir. Hoy la DGA le exige a la empresa 1300 millones por daños y perjuicios.

El pasado año, gracias a la presión popular y a las movilizaciones convocadas por los grupos ecologistas de Zaragoza capital, conjuntamente con las asociaciones vecinales -mucho más numerosas y potentes-, se logró desviar el proyecto del tercer cinturón de ronda y salvar el Soto de Cantalobos, en el Ebro, soto que era seccionado por el proyecto inicial.

Gracias a que algún iluminado interpuso en el año 95 una queja ante la Comisión Europea, en Bruselas, los regadíos de Monegros llevan tres años paralizados porque la Unión Europea cerró el grifo de los dineros europeos y le amenazó con un dictamen motivado por incumplir España la legislación medioambiental comunitaria. El pasado mes de diciembre los responsables de Medio Ambiente de DGA debieron presentar ante la Comisión Europea un plan para preservar las lagunas endorreicas y las estepas monegrinas.

Pero no sólo eso, es que el Gobierno de España e, indirectamente, el de Aragón, tienen abiertas otras cinco quejas, cinco, en Bruselas. Una por afecciones a la ZEPA de los Valles, hábitat del oso pardo (el último de Aragón); otra por la falta de un plan de gestión en Gallocanta; otra por querer reducir la Reserva Natural (y ZEPA) de los Galachos del Ebro para que pueda ampliarse una carretera; otra por las afecciones que causarían los parques eólicos en La Plana, la última muela del Valle del Ebro con excelentes representaciones de hábitats incluidos en la Directiva Hábitats; y una última por las amenazas que, para la almeja de río *Margaritifera auricularia*, suponen varios proyectos hidráulicos en el Ebro y Canal Imperial, sus últimos reductos

en el mundo. Y todas estas quejas las han promovido y mantienen grupos ecologistas aragoneses.

Pero no queda la cosa ahí. En 1993 los grupos ecologistas aragoneses lograron, con el apoyo de numerosos colectivos ciudadanos, recoger 15.000 firmas de ciudadanos aragoneses e impulsar, mediante una Iniciativa Legislativa Popular (ILP), que las Cortes aprobaran una Ley (propuesta por los ciudadanos) creando un órgano de participación como es el Consejo de Protección de la Naturaleza, donde las Administración, Confederación Hidrográfica, empresas, sindicatos, municipios, universidad y ecologistas discuten y elaboran propuestas (no vinculantes) referentes al medio ambiente aragonés. Y, en 1998, han vuelto a promover una nueva ILP en defensa del ahorro energético, la potenciación de las energías renovables y en contra del denominado *rubbiatrón*, un extraño engendro nuclear que promueve el profesor Rubbia (¡jojo, Premio Nobel!) con la condescendencia del presidente del Gobierno de Aragón Santiago Lanzuela, el aplauso del mundillo empresarial y de buena parte del ámbito universitario zaragozano (no se lo pierdan).

En fin, gracias a la labor de los grupos ecologistas se han paralizado talas y roturaciones; se ha evitado la instalación de empresas muy contaminantes y de varias incineradoras; gracias al trabajo y el apoyo de los grupos ecologistas se ha denunciado el expolio que supone la minería a cielo abierto en el Bajo Aragón turolense, el atraco a mano armada que supone inundar los últimos valles pirenaicos y se ha logrado que muchos otros expolios, al menos, no hayan quedado en el anonimato.

Pues bien, en toda esta historia, bien poco han participado los entomólogos. ¿Dónde estaban? Más bien parece que sólo han sabido mirarse al ombligo y seguir insistiendo en sus pataletas de siempre. Bastante pueriles. En defensa de su parcelita de vanidad. Que si las autorizaciones, que si el coleccionismo... para continuar atacando al ecologismo a diestro siniestro, confundiéndose de enemigo. En todo el tiempo que llevo en el ecologismo de esta tierra no conozco ataques o descalificaciones documentadas hacia los coleccionistas entomólogos realizadas por ecologistas, ni aún por naturalistas no entomólogos. Seguramente porque, entre otras cosas, tenían tareas más importantes que hacer. Por eso me sorprende la acritud y hostilidad que destilan los artículos del *Bol SEA*. En cuanto a calificar (más bien, descalificar) al ecologismo se refiere. Yo creo, no sólo que las descalificaciones son injustas y gratuitas, sino que son muestra de la impotencia de los entomólogos

para abordar la tarea de defensa. Espero que la próxima vez que alguien mente a un ecologista de esta tierra, hable con mucho respeto y se descubra.

Yo, por mi parte, no satanizo a los que no se comprometen -aunque en las comisiones de defensa siempre nos lamentemos de que somos pocos-. Porque para ser ecologista, comprendo, no todo el mundo sirve. Hay que ser de una pasta especial. La tarea de defensa es ingrata, gris, pesada, escasamente reconocida, con muy poco porcentaje de éxitos y, éstos, a largo plazo. Además, los esfuerzos no redundan en beneficio propio, no engordan el currículum, no incrementan el caché. Es la comunidad la que sale beneficiada, es el patrimonio público el que es salvaguardado. Entidades un poco etéreas para algunos. Además: reuniones, búsqueda de documentos, sumergirse en la legislación, redactar comunicados, convocatorias, alegaciones, recursos,... redactar, hacer fotocopias, siempre redactar y fotocopias, exprimirse el cerebro en busca de argumentos, ir de registro en registro, de despacho en despacho, de archivo en archivo, de periodista en periodista. Tareas poco brillantes para muchos.

Hay que ser de una madera especial para superar contratiempos. Para superar el disgusto ocasionado por el enano infiltrado que te ha hecho polvo el trabajo de meses. Superar que la prensa dedique cuatro líneas en una columnita perdida a un tema que llevó semanas de investigaciones (más una entrevista de hora y media con el periodista y un ojo de la cara en fotocopias). Superar los contraataques institucionales y empresariales, diseñados por asesores que trabajan en cómodos despachos con todo tipo de recursos y, encima, cobrando. Para luchar sabiendo que muchas veces la batalla está perdida de antemano, que la victoria será pírrica. O sólo moral. Superar todo esto es duro. Pero, sobre todo, hay que ser de una pasta especial para superar la soledad, la indiferencia y volver siempre a la brecha con fuerzas renovadas. Hay que ser perseverante, imaginativo, saber adaptarse a las circunstancias. Bueno, también tiene sus ventajas. Tienes la satisfacción de conseguir que con una nota de prensa oportuna los teléfonos de los despachos echen chispas o de que al día siguiente salga algún Consejero bramando y mostrando su verdadero careto. Tienes la satisfacción de conocer y entablar amistad con muchos ciudadanos agradecidos por recibir el apoyo ecologista para detener (a veces no se logra) expolios y atropellos. Pero, sobre todo, se tiene la satisfacción de que poco a poco la legislación se actualiza, los políticos asumen ideas nuevas, los proyectos urbanísticos

e industriales se mejoran, la administración controla y restringe desmanes...

Hay que ser de una pasta especial para enfrentarse a problemas, para dar la cara, para que tu nombre figure en una denuncia, en un recurso, en una reclamación. Para exponerse a ser mal visto por aquellos que se atrincheran en sus privilegios. Exponerse a ser criticado. Exponerse a tener enemigos. Exponerse a ser amenazado (y agredido) por los caciques locales. Yo he tenido suerte y salvo amenazas directas nadie me ha puesto una mano encima. Pero no pueden decir lo mismo los colegas de SEO y Otus que fueron a Gallocanta y salieron protegidos por la Guardia Civil. (O que cuente Javier Blasco cuanto lo quieren en Bujaraloz/Monegros). Otros colegas, incluso, han visto su vehículo arder por los cuatro costados. Por eso entiendo perfectamente que la mayoría de la gente prefiera salir al campo, estudiar la fauna, estudiar la flora, determinar especímenes, describir especies nuevas. Prefiera, en suma, no comprometerse. En ANSAR, la asociación naturalista-ecologista de la que soy miembro desde hace casi dos décadas, las excursiones quincenales a los lugares más emblemáticos de Aragón tienen siempre amplio eco y llenan el autobús cada domingo. Ahora bien, en la comisión de defensa de los viernes, rara vez hay más de cinco o seis personas. Entiendo que la gente se decante antes por pasear que por encerrarse a trabajar. Aunque yo no comparta su actitud.

LA CIENCIA

No podemos imaginarnos todo lo que de muerto y mortífero hay en la ciencia.
(J.W. Goethe)

Otro aspecto que surge siempre que se alude a los ecologistas es el de su nivel científico, el de su escaso rigor científico. Pues bien, creo absolutamente injustas las críticas hechas al ecologismo de falta de rigor científico. Sin duda alguna, el auge del ecologismo viene dado, precisamente, porque cada vez maneja más y mejor los datos que le aporta la ciencia y, en concreto, la Ecología, la Biología, la Física... y hasta de la Sociología y la Economía. La supervivencia y credibilidad del movimiento ecologista está ligada a la aportación de datos ciertos y rigurosos, los cuales cada vez están más al alcance de todos gracias a las tecnologías que hacen, día a día, más pequeño el mundo. Por eso nos esmeramos en aportar datos ciertos, rigurosos y contrastados. No obstante, hay hechos tan flagrantes que no necesitan demostración alguna. Para denunciar que una estación de esquí va a liquidar una cumbre pirenaica, que un embalse va a sepultar un valle, un río y un pue-

blo, o que la traza del AVE va a suponer una barrera para la fauna, para eso no hace falta mucha ciencia. Sólo sentido común.

En este apartado me gustaría incidir en la constante apelación a la ciencia que hacen los que descalifican a los ecologistas. Así, J. M. Echevarría acusa al movimiento ecologista de que *sus dirigentes no son científicos que hayan llegado a esa posición pasando por la dura criba a que la Ciencia somete*. Me alegro que el autor haya utilizado los términos exactos y oportunos, *dura criba*, ya que no justa, ya que no humana criba. Bastantes excesos se han cometido en nombre de la Ciencia. Bastante culpa tiene el mecanicismo y el racionalismo, que sustentan la Ciencia, de originar el abismo que separa al hombre de la Naturaleza, de mantener el antropocentrismo que está devastando el planeta.

Que la Naturaleza sea ley para la razón y no la razón ley para la Naturaleza, la frase es de Giordano Bruno. Pues eso. Mal que le pese a Echevarría, como ecologista, me alegro de ser antes *político* que científico. Me alegro de no haber superado esa *dura criba* que cita porque la presiento profundamente injusta, despótica e inhumana. Y, puestos a elegir, prefiero que la sociedad la dirijan los políticos antes que los científicos o los militares. Como dice María Novo, en su reciente libro: *La cuestión ambiental ya no es sólo científica, sino política y social. Ya no compete a una minoría: es el patrimonio cotidiano de toda la humanidad*.

Por otra parte, si por garantías de rigor ha de ser, en el movimiento ecologista militan brillantes cabezas, cuyo activismo ecologista no desmerece en nada su trayectoria profesional universitaria, científica o investigadora. La lista de implicados y colaboradores de prestigio de la Universidad, del CSIC, sería muy larga. Sin embargo, ahí van los nombres de, por citar a dos de los más comprometidos y carismáticos, Pedro Arrojo y Javier Martínez Gil (Universidad de Zaragoza), almas del movimiento antipantanos que se articula en torno a COAGRET y promotores del intenso debate que en Aragón se está llevando a cabo en torno a los usos del agua -lo cual en esta tierra no es moco de pavo-.

Además, yo no percibo una clara divisoria entre ciencia y ecologismo. Ahí está -por citar a alguien que conozco- César Pedrocchi (Instituto Pirenaico de Ecología/CSIC) mojándose muchas veces por Monegros. Ahí estaba en la prensa el otro día un colega suyo, David Gómez, avisando del impacto ambiental que ocasionaría la macroestación de esquí que se pretende en el piri-neo aragonés.

En fin, que lo que me extraña es que permanentemente se apele a la ciencia, al rigor científico, a la *dura criba* de la Ciencia, a la *sólida sustancia* de la Ciencia. Más que extrañarme, me produce escalofríos. Me pregunto por qué los que demonizan a los ecologistas desde la ciencia no hablan nunca de ética, de moral natural, de principios, de valores, de solidaridad, de altruismo, de participación, de modelos de desarrollo. De lo que debería mover a los científicos. Porque, por poner un ejemplo, cuando Manuel Toharia-científico de Monsanto según me pareció ver el otro día en la tele- habla de los beneficios de la biotecnología aplicada a los alimentos, presiento que no es imparcial; o cuando ENDESA nos inunda con datos científicos sobre la inocuidad legal de sus emisiones de SO₂ y de NO_x por la chimenea de la térmica de Andorra; no sé, pero intuyo que los principios por los que se mueven los técnicos y científicos pagados por ENDESA, no son los míos. Es más, no son, siquiera, los que le convienen a la ciudadanía.

CULPABLES

El sabio sólo usa de acritud contra sí mismo, y es amable con los demás. (Plutarco)

Las acusaciones más agrias que desde el *Bol. SEA* se hacen hacia los ecologistas se refieren a la supuesta responsabilidad de éstos en lo que respecta a la legislación existente sobre protección de insectos y de los problemas que se derivan para su recolección. Afirmar tan categóricamente como hace Echevarría que *la absurda legislación de protección de insectos que rige en nuestro país se ha malparado bajo la presión de los movimientos ecologistas* o bien decir que *el ecologismo es responsable principal de muchas de las tropelías legislativas* o incluso afirmar que *es mucha la falsedad y la hipocresía que el ecologismo ha puesto en el tema de la recolección de insectos...* y continuar así, con otras lindezas por el estilo, sin aportar un solo nombre, dato o fecha o documento, sin matizar cuánto es ese reiterado *muchas*, sin decir cuáles son esos *movimientos ecologistas* a que se refiere, es algo que descalifica a quien parece ser se dedica a la ciencia y la investigación. Yo creo que el rigor ha de estar presente en todas las afirmaciones.

No dudo que la legislación ambiental sea anacrónica, absurda en algunos casos y poco ágil. Queda obsoleta en pocas fechas dados los avances en el conocimiento científico. Eso pasa en los catálogos de especies: las que son raras pueden pasar a ser comunes si se prospecta con más medios, y especies que ya son raras pasan a ser cuasi extintas en

pocos años dado el agresivo desarrollo humano. Pero eso también ocurre con los niveles establecidos de contaminación o con las listas de sustancias peligrosas. Los primeros siempre se suelen revisar a la baja en cuanto los estudios epidemiológicos se afinan y las segundas no dejan de crecer por la misma causa.

Tampoco dudo de que la legislación comunitaria que se nos impone está poco adecuada a la Península Ibérica y a los países mediterráneos en general. Pero también habría que decir que menos mal que nos ha venido de Europa una buena dosis de legislación ambiental. Con ella se han podido denunciar muchos desastres y evitar -Monegros, sin ir más lejos- otros. Así que bienvenida. Si hay que afinar y adecuarla a la realidad, para eso están los informes científicos, los comités científicos. En vez de despotricar de los ecologistas, elévese esa información a la administración y exíjase que se rectifique. Actúen señores. No se lamenten permanentemente.

Por otra parte, dudo mucho que la administración ponga trabas a la investigación. En Aragón imagino que se conceden todos los permisos que la SEA solicita y que no hay nada de dramático. Y que si se justifican los fines didácticos y científicos no se ponen pegas a la hora de autorizar prospecciones, recolecciones, colecciones y todo tipo de vocaciones. A mi personalmente y a mi grupo de trabajo de botánica de ANSAR se nos conceden regularmente las solicitudes de recolección de plantas que demandamos anualmente. Las limitaciones que se nos imponen para plantas amenazadas de extinción y espacios protegidos (en Zaragoza el 1% del territorio, en Aragón el 4%) las creo sensatas y aceptables.

A la DGA le llegan solicitudes de lo más variopinto. No sé por qué han de considerar que todos los peticionarios se mueven por ánimo altruista, científico y benéfico. Y me parece bien que se exijan garantías, que se controle. Al fin y al cabo, recolectar insectos y plantas (somos legión los peticionarios), capturar fringílicos (no son pocas las asociaciones de silvestristas), fotografiar quebrantahuesos (todo el mundo quiere fotografiar quebrantahuesos de cerca), marcar rapaces, anillar anátidas y estudiar los bucheros de la avutarda colinegra exige manipular, incordiar y disminuir el patrimonio natural común. Así que me alegro de que haya que solicitar autorizaciones y luego nos pidan un informe anual. Deberíamos ser los primeros en exigirlo. E imagino que el panorama es semejante en todas las comunidades autónomas. Si hay algún funcionario tipo Cornejo, pues critíquese y recúrrase sus decisiones. Allá donde surja.

También me parecen infantiles e insuficientes los argumentos reiterada-

mente esgrimidos contra las trabas puestas a la recolección de insectos. Esas afirmaciones de que los artrópodos son más abundantes que los vertebrados, que poseen dinámicas poblacionales diferentes, que el impacto de la recolección es insignificante... O de que mira tú, más insectos mueren atropellados o fumigados. O que más insectos mueren en un incendio o en una roturación promovida por la misma administración y nadie dice nada. Primero seamos serios, pónganse la mano en el pecho los entomólogos. Todos sabemos que el personal, por lo general, no se dedica a recolectar banalidades en el parque municipal (aunque para eso también haga falta autorización). Se va a Albarracín, a Vallibierna o al Moncayo. E, incluso, en esos sitios, a muy concretas laderas o barrancos o prados. Y la presión termina siendo muy grande, porque se va a por determinadas especies de determinadas poblaciones locales que probablemente no tengan en muchos casos más que unas decenas o cientos de ejemplares (menos aún si han pasado ya por allí los traficantes y los colectores furtivos). O sea que de impactos insignificantes, nada. En Ecología nada hay insignificante.

Por otra parte, argumentar como defensa del coleccionismo, que más insectos mueren aplastados contra el parabrisas de los coches o que más daño hace una pista de esquí instalada en una ladera alpina, no hace más que descalificar a los autores de esas afirmaciones. Este tipo de argumentación del y *ellos* más tiene un nombre muy claro en la Lógica, se denomina falacia *tu quoque*. La falacia *tu quoque* (tú también) da nombre a todos aquellos argumentos que no presentan razones oportunas para replicar a una acusación, sino que en su lugar se devuelve la ofensa al acusador, cito de *Aprender a Razonar*. Yo lo denomino escurrir el bulto.

Si los impactos humanos (incendios, roturaciones, urbanizaciones, contaminación, agricultura intensiva, biocidas) y la desidia administrativa causan daños en la fauna en general y, por tanto, en la invertebrada, todavía con más razón será impactante una actividad que pretenda extraer individuos del medio. Lúchese, denúnciense, parálfcense las agresiones al medio ambiente pero que no sea utilizada la degradación ambiental como justificación. De todas formas, yo aviso y prevengo. Las dificultades para recolectores e investigadores, incluso para los que somos meros observadores, serán crecientes. Aumenta el control social, con legislaciones y normas más o menos acertadas. Y lo hace por la sencilla razón de que cada vez hay menos que estudiar, menos que

ver y lo que queda es cada día más escaso y más frágil.

(Mira por donde, ahora que releo todo este artículo, pienso que entre todas las furibundas reprimendas que nos llevamos los ecologistas en los *Bol. SEA*, no ha habido ni una felicitación a los que, sin tener ni idea de insectos, ni de artrópodos, defendieron Añisclo o La Alfranca o Gallocanta o Monegros para que entomólogos de vocación o profesión hayan podido, posteriormente, estudiar o descubrir insectos, crustáceos o arañas en estas zonas -y lucirse por ello-. Ni una felicitación, ni una palmadita, ni una referencia, ni un atisbo de reconocimiento a los que actuaron por convicción y, aún sin saber científico, intuyeron, intuimos, que merecía la pena luchar por salvaguardar esta tierra y todo lo que sobre ella hubiera.)

Y ACABO

Y ya que estamos con falacias, no me reprimo en volver a tratar en un tema que me parece muy grave. Y son las acusaciones, más o menos veladas, más o menos jocosas, más o menos directas, pero siempre generales, que se vierten en los artículos de los colegas del *Bol. SEA* hacia los ecologistas y que ya he mencionado a lo largo de este artículo. Estas acusaciones generalizadas tienen un nombre también, se denominan falacias *ad hominem*. Y cito de nuevo textualmente de *Aprender a Razonar*: *Un tipo de argumento muy frecuente y de gran poder persuasivo es la falacia ad hominem, expresión que significa literalmente argumento dirigido contra el hombre. Es un argumento que, en lugar de presentar razones adecuadas o pertinentes contra una opinión determinada, pretende refutar tal opinión censurando a la persona que la sostiene...resulta ser extremadamente persuasiva, de ahí el éxito de las falacias ad hominem.* ¡Qué triste, que recurran a ella los colegas del *Bol. SEA*!

Y luego están otro tipo de afirmaciones como las de Melic, que no pierde ocasión para azuzarnos a los ecologistas con abundantes (des)calificativos, como en una reseña de un libro sobre biodiversidad, donde escribe: *No es extraño que la biodiversidad se haya asociado a problemáticas de conservación... en una suerte de pirueta que ha hecho del ecologismo radical, más o menos libertario y un poco cutre de los años 80, algo presentable, adecuado y bien visto entre la clase media...* Este tipo de argumentación soltando una reata de adjetivos es, también, una falacia muy socorrida. Y vuelvo a citar textualmente de *Aprender*

a Razonar: *Cuando en un argumento se omiten las razones pertinentes que pueden llevar a la aceptación o rechazo de su conclusión y se invocan como razones hechos o circunstancias con la única finalidad de excitar los sentimientos y emociones del auditorio, nos encontramos con un argumento falaz que se denomina ad populum. Este término se dirige a un conjunto de personas con la intención de provocar en ellas sentimientos que les hagan adoptar el punto de vista del hablante. Recurren típicamente a esta falacia las casas comerciales, los vendedores en general, los políticos...*

Resulta peligroso que personas que se dedican por profesión o devoción a la investigación, a la ciencia y que, cotidianamente, deben usar de procedimientos limpios y pulcros en sus razonamientos para la emisión de informes, conclusiones y dictámenes, luego usen de una colección tan sorprendente de falacias para dar su opinión.

Y bueno, llegar a hablar de *...una llamada de atención sobre los riesgos que lleva parejos el ecologismo como fuerza social*, como dice Echevarría, si eso no es el principio del fascismo, que venga dios y lo vea. Aunque lo adorne con que en el ecologismo hay muchas personas excelentes o con que no pretende demonizar a los ecologistas. Si tiene algún conflicto con los ecologistas, o miedo, ha sufrido una agresión o intromisión de cualquier tipo, no me queda más remedio que aconsejarle que vaya al juzgado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Pues eso, que me gustaría, como ecologista, que las críticas que se nos hagan sean concretadas y razonadas. Estoy, estamos los ecologistas, dispuestos a mejorar y a enmendar errores. Dispuestos a evolucionar. O, simplemente, a explicar nuestras posturas.

Y, como ciudadano, me gustaría que toda esa energía vertida en defensa de la entomología, del coleccionismo, de la ciencia, y en contra del ecologismo, también revertera en la defensa activa del medio ambiente. Que ya va siendo hora.

Por eso, que la SEA haya destinado un espacio fijo en este boletín a abordar temas de defensa de la naturaleza, de ecologismo, le honra. Que la SEA, comenzando por Monegros, aborde la defensa de la naturaleza, tal y como están poniendo de manifiesto las acciones emprendidas, trascendiendo estas páginas y haciéndolo de forma institucional, es una excelente noticia (aunque

no entiendo yo por qué ha de señalar, en la exposición de motivos, a los ecologistas inconformistas).

Melic afirmaba en el *Bol. SEA* nº 21, hace ya un año, que *los entomólogos nos dedicamos más a quejarnos amargamente entre nosotros que a plantear y adoptar posiciones auténticamente combativas...*, pues por ahí hay que comenzar. Combatiendo.

NOTA FINAL

A pesar de haberme declarado ecologista, militante activo del movimiento ecologista, más que nada para clarificar y situar las cosas, y después de haber desgranado con cierta minuciosidad la empresa en la que estoy comprometido con otros colegas (y sin pretender que nadie me agradezca nada), he de decir que me considero un ecologista de tres al cuarto y que así considero también a los ecologistas del mundo industrializado. Aquí tenemos garantizado el sustento y, en buena medida, nuestros derechos humanos a la libre opinión y a la información y a la libre circulación. Los verdaderos ecologistas están en los países en desarrollo. Dirigentes indígenas que se oponen a compañías petroleras, mineras, bananeras, camaroneras, madereras y terratenientes. Gentes que defienden sus bosques, sus pesquerías, su forma de vida, frente al colonialismo y la explotación. Gente que se juega la vida y, muchas veces, se la deja, por defender la supervivencia de sus pueblos. Ellos son los ecologistas totales.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ARAÚJO, J. (1996) *XXI: Siglo de la Ecología*. Espasa. • ÁLVAREZ LAÓ, C. M. (1998) Matizaciones de un ecologista. *Bol. SEA*, 21: 73. • FOLCH, R. (1998) *Ambiente, emoción y ética*. • ECHEVARRÍA, J. M. (1998). Algunas matizaciones a las matizaciones de un ecologista. *Bol. SEA*, 23: 73-74. • ECHEVARRÍA, J. M. (1998). Cuestiones diversas. *Bol. SEA*, 22: 59. • ETXEBERRIA, X. (1994) La ética ante la crisis ecológica. *Cuadernos Bakeaz*, 5. • FERNÁNDEZ VIDAL, E. H. (1998) Archigüevís lepidopterológico (IV). *Bol. SEA*, 21: 41-42. • MELIC, A. (1997) Biblioteca Entomológica. *Bol. SEA*, 21: 77. • MELIC, A. (1997) Genera Insectorum: Más madera para la hoguera. *Bol. SEA*, 19: 70-72. • MELIC, A. (1997) Respuesta a un amigo ecologista. *Bol. SEA*, 21: 74. • MELIC, A. (1998) Genera Insectorum. *Bol. SEA*, 23: 75. • MELIC, A. (1998) Lo que me dicen las tripas, el corazón y la cabeza a propósito de la Biodiversidad. *Bol. SEA*, 21: 37-40. • NOVO, M. (1998) La educación ambiental. Bases éticas, conceptuales y metodológicas. • PIZARRO, F. (1986) *Aprender a Razonar*. Alhambra • SOSA, N. M. Movimiento Ecologista y cambio social. *Ecología Política*. • VARILLAS, B. (1985) Los movimientos ecologistas. *Cuadernos historia* 16, 131.

Podemos, si quiere nuestro colega y amigo personal J. A. Domínguez, dedicar las tórridas tardes veraniegas a satanizarnos mutuamente. Podemos, si le place, llenar el frontispicio de esta revista con citas impactantes, curiosas y hasta cursis, siempre que vayan firmadas por gente 'guay' (léase: cita erudita, tipo Herr Goethe o cita clásico-postmoderna de anuncio de Pepsicola, tipo Joan Baez). Podemos, en fin, afilar los espolones (como si fuéramos pollos, que no gallos, de pelea), buscar en nuestros artículos frases, giros o ideas, para abrir brechas en las que entrar a cuchillo. Podemos hacer 'muertos' que diviertan al personal y docu-dramas en los que, por turno, expliquemos las grandezas y miserias de nuestra peripecia personal y colectiva...

Pues bien, confieso que esa fue mi primera intención. La pasión y el convencimiento de que Hegel (tranquilo que no lo voy a citar textualmente) tenía razón en aquello de la 'síntesis', me invitan a ello, pero no pienso, al menos no en este momento, entrar en ese tipo de enfrentamiento (aunque reconozco que sería el más exitoso desde el punto de vista editorial, pero el que quiera 'gore' que mire los telediaros). Frente a esa alternativa, prefiero entrar de lleno en el problema de fondo, mucho más interesante (y dejar nuestras discrepancias personales para el ámbito privado, donde tan fructíferos debates ha generado y sin duda, seguirá generando).

Tengo que comenzar por reconocer expresamente dos cuestiones importantes: 1ª) Que mis referencias al Ecologismo y a los ecologistas han sido habitualmente duras, críticas y hasta feroces. 2ª) Que en alguna ocasión me he reconocido 'más o menos ecologista'. Lo curioso es que tras leer las *'Reflexiones...'* tengo que ratificar mis posiciones. Más aún, yo diría que resultan ratificadas desde el propio artículo de Domínguez, en el que se dedica gran parte de su extenso contenido a vapulear al 'ecologismo' (de políticos y agricultores a ecologistas profesionales, Lobbyes medioambientales, científicos..., entre muchos otros colectivos). De todos ellos viene a decir que aunque se autodenominan 'ecologistas', en realidad no lo son, pues su actitud es interesada, hipócrita, irresponsable, simplemente comercial o una herramienta de promoción profesional. Bueno, pues esos colectivos, no son, según Domínguez, 'ecologistas' sino infiltrados, oportunistas, buscafortunas o, con suerte, simples naturalistas o ambientalistas interesados. El problema es que esto, casi diría que punto por punto, es lo vengo sosteniendo desde

¿Ecologismo versus Entomología?

No, gracias

Antonio Melic

hace años adornado con un florido repertorio de calificativos que nada tiene que envidiar a los que utiliza el propio Domínguez. Así que no hay mucha discrepancia. Estoy básicamente de acuerdo con él en este punto. Pero claro —se reprocha—, los ecologistas auténticos 'somos otros', un colectivo muy particular, una minoría entregada a causas nobles y altruistas, nada que ver con esa gente (o gentuza)...

Vamos a ver, me temo que en el ecologismo, como en cualquier otro movimiento o colectivo, existe un cierto nivel de graduación en cuanto a responsabilidad, actividad, compromiso o conocimientos y que resulta difícil fijar categorías, rangos absolutos, medidas objetivas. Por desgracia, al no existir una entidad que otorgue el certificado correspondiente, ecologista es todo aquel que actúe bajo la apariencia del ecologismo e incluso, todo aquel que diga voluntariamente que 'es' ecologista (y digamos, por poner alguna otra condición, que 'esté en el pleno uso de sus facultades mentales'). Es imposible realizar otro tipo de distingos e intentarlo implica, posiblemente, caer en un maniqueísmo bastante simplón y, por cierto, muy propio del ecologismo ('los buenos somos sólo nosotros'). Aceptemos, sin embargo, que hay niveles o clases, como las hay en política, religión o cualquier otra actividad social o cultural. E incluso aceptemos que el nivel más auténtico de 'ecologismo' sólo lo alcanzan unos poquitos individuos (los demás, o están poco comprometidos, o es una pose, o lo utilizan como herramienta o son unos mentirosos). Esa categoría 'A', si se quiere, estaría compuesta por ecologistas de base, activistas, redactores de manifiestos, hacedores de fotocopias, defensores (incluso con grave riesgo de su integridad física) del patrimonio natural, etc. Auténticos luchadores, salvadores del planeta, bastión del sentido común y de la visión a largo plazo frente a la mezquindad e interés de la sociedad consumista y pesetera. Vamos, los '5 o 6' que acuden a las reuniones de trabajos en una asociación que fleta autobuses repletos en sus salidas al campo ¿es eso? Pues bien, con todo respeto para esos '5 o 6', me temo que tendremos que convenir que hoy por hoy no representan al ecologismo porque estadísticamente son una excepción, uno de los extremos de la distribución más

alejada de la media. Pueda ser (seguro que sí) son el núcleo doctrinal del ecologismo, el auténtico motor ideológico, pero como minoría, no lo representan y, por tanto, las afirmaciones que perso-

nalmente pueda verter sobre el 'ecologismo' se refieren al colectivo, a la mayoría o media y no a los casos más o menos excepcionales o aislados. Es elemental. Se llama generalizar, uno de los privilegios de la razón o inteligencia humana. Puedo así afirmar que la programación de la televisión es culturalmente pobre y moralmente repugnante aun cuando exista un porcentaje de un cinco por ciento de programas que no cumplen esta regla, y no estaré faltado a la 'verdad'. Y puedo hacerlo porque critico tendencias, acciones globales, posiciones generales... Por cierto que resulta curioso y extremadamente ilustrativo del posicionamiento del ecologismo (mucho más próximo al integrismo ideológico o a la fe ciega en lo revelado que al diálogo, el debate y el intercambio intelectual) que Domínguez hable de 'falacias ad hominem' al tiempo que se despacha en cuatro párrafos con todos los agricultores, políticos, empresarios, ecologistas 'que cobran', grupos ecologistas importantes, consultores, científicos y sociedad 'que no se acerca a los grupos ecologistas' definiéndonos en apenas unas pinceladas (y sin que se cite ni una sola excepción) como auténticos miserables, depredadores y sinvergüenzas. Si se quieren criticar mis generalizaciones (por no mencionar expresamente la excepción, no se utilicen otras mayores. Para dar lecciones, hay que saberse antes la lección).

Pero es que además, en varias de las ocasiones en que se me cita expresamente, mis críticas no eran 'generales'. Los destinatarios estaban perfectamente identificados (Departamentos de Medio Ambiente de varias comunidades, consejero *ad hoc* de la Junta de Andalucía, Sr. Comejo, colectivo de estudiantes de una universidad española, revistas 'verdes' con nombres y apellidos...). Así que no entiendo porqué Domínguez pide ejemplos concretos que 'demuestren mis razones' (por cierto, al tiempo que se sueltan argumentos tan definitivos como que el ecologismo 'actúa en base al sentido común', uf, qué razón más peligrada, por discrecional), porque podrían darse a 'patadas'. Por ejemplo, tómese cualquier libro sobre especies en peligro. Tengo delante *'SOS por la Fauna Española. 100 especies en peligro de extinción'*, de A. Huerta y J. L. Rodríguez, ediciones Fondo Natural, 1988. De las cinco especies de insectos incluidas, tres

se encuentran en esa situación por el coleccionismo (*'El coleccionismo es quizá el más grave riesgo para el futuro de la especie...; Todas las mariposas, prácticamente sin excepción, son objeto de la codicia de los coleccionistas...; El negro futuro de esta especie (Lucanus cervus) está muy ligado al coleccionismo...'*); los otros dos casos se achacan a plaguicidas y a 'falta de datos'). Sería aburrido continuar citando libros y artículos de supuestos periodistas de revistas 'ecologistas' (sic!), especialmente de las que llamo 'de colorines', para consumo masivo, con mucha foto y plagadas de errores de bulto.

Supongo que es bastante conocido el refrán de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio como para citarlo. A mí las películas de 'buenos y malos' no me gustaban ni de crío. En todo caso, pertenecen a etapas más o menos elementales de desarrollo psicológico y por eso no me sirven algunas de las comparaciones que hace Domínguez. Así, los entomólogos quedamos reducidos a 'coleccionistas' o 'profesionales en busca de la gloria del dato científico' y frente a ellos se presenta a la 'Categoría A' del ecologismo militante, luchadora, progresista, altruista y desinteresada, algo así como la reserva espiritual y moral de occidente de no ser porque la frase ya fue utilizada para otros fines. Debe ser que estamos en campaña y que todo se pega. Vamos a ver, no voy a defender a los entomólogos porque creo que no hace falta en esta revista; tan sólo llamo la atención sobre el hecho de que el ecologismo, a tenor incluso de la propia 'definición' que nos presenta Domínguez, es una consecuencia de la ciencia (*'El ecologismo es un movimiento social... que mana de la toma de conciencia de... las aportaciones de la información científica proporcionada por la ecología'*) y no al revés y, por tanto, creo que conviene meditar sobre la cuestión. El ecologismo, sin ciencia (Ecología), no es nada (aunque precise de otras cosas, por supuesto); la ciencia, sin ecologismo, es algo más que un pasatiempo o una forma de ganarse el pan. Y no voy a extenderme en consideraciones que deben resultar evidentes para cualquiera relacionado con la ecología (tal vez no con el ecologismo) a propósito de las íntimas relaciones entre Ecología y otras disciplinas científicas (entre ellas, la Entomología).

Pero además, se olvida Domínguez (a pesar de que parece leer con gran atención el *Bol.SEA*, cosa que le honra), que desde aquí hemos criticado permanentemente ciertas actitudes presentes en nuestro colectivo (del 'coleccionismo elemental' al 'profesionalismo voraz'). No citaré ejemplos, pero cual-

quiera que siga esta publicación podrá encontrar ejemplos numerosos y aun, en algún caso, excesivos. Así pues, yo diría que aquí (en la SEA, no sé si en la 'Entomología') practicamos la sana costumbre de la auto-crítica y que ello, precisamente, nos da derecho también a enjuiciar otras posturas y planteamientos de otros colectivos. No puedo decir, sin mentir, que el ecologismo sea auto-crítico. Lejos de eso, cualquier colectivo 'ecologista', por pequeño, indocumentado, marginal que sea, puede proponer y propone continuamente acciones, críticas, manifestos.... y sin embargo, creo que jamás, jamás, repito, he leído una respuesta de otros colectivos 'ecologistas' desautorizando, criticando o discutiendo la propuesta. ¿Siempre aciertan? ¿siempre? ¿O se trata más bien de una actitud general de grupo, gremial, de fidelidad, de apoyo mutuo ciego e indiscriminado (de nuevo el integrismo y la fe ciega)? Sí, seguramente las propuestas se discuten en asambleas de trabajo antes de convertirse en documentos o acciones (¿esas a las que van '5 o 6'?)... Lo lamento, pero teniendo a desconfiar de las propuestas ecologistas casi con la misma intensidad que descreo de las promesas políticas. No dudo (sólo en el primer caso) de las buenas intenciones de los proponentes, pero no me ofrece ninguna garantía el hecho de que una propuesta ecologista puede ser formulada 'por cualquiera' (y hay mucho irresponsable, iluminado y romántico suelto), que nadie garantiza que se haya estudiado el problema en cuestión con una mínima seriedad y profundidad y la escasa auto-crítica del propio colectivo hacia las propuestas de cualquiera de sus numerosos, heterogéneos y con harta frecuencia, pintorescos colectivos. Hay excepciones, claro, pero son eso, excepciones. Y me temo, amigo mío, que en la ciencia, aunque pueden encontrarse numerosos ejemplos de estupidez, intereses espúreos, sometimiento, ambición, error y disparate, al menos contamos con algunos mecanismos de control y con ciertas normas y protocolos de elaboración, contrastación y evaluación de la información que jamás ha tenido el ecologismo. Por no hablar de la 'dura criba previa' que se ha citado, otra garantía en absoluto desdeñable... (frente a la que se menciona, sin argumentos, que de nada sirve cuando todo científico se vende al mejor postor; no sé qué dirá el 'aprender a razonar' de esto...).

En fin, a pesar de todo, lo cierto es que tengo simpatía por el ecologismo y que creo firmemente que es la única opción responsable que puede mantenerse socialmente. Admiro -al tiempo que la echo de menos en la entomología- su combatividad y beligerancia, admiro a

muchos ecologistas 'concretos', bien identificados y entre los que se cuenta el propio Domínguez (entre otras cosas por haber remitido sus 'Reflexiones...' a una revista entomológica, defendiendo su punto de vista) y admiro -¿cómo no hacerlo?- la mayor parte de los principios ideológicos en que se sustenta el ecologismo aunque, en gran medida, son valores que tienen raíces no estrictamente 'ecologistas' (progresismo, solidaridad, altruismo, etc., son elementos morales muy antiguos presentes en el plano político, social, religioso mucho antes de que se 'inventara' el ecologismo). De hecho, y esto es quizás lo más importante de todo, no creo que nadie deba optar entre ser 'entomólogo' y ser 'ecologista' porque ambas posiciones son perfectamente compatibles. Incluso, me atrevería a afirmar que es lo recomendable, pero allá cada cual. Yo no sé si soy o no 'ecologista' (y, la verdad, tampoco me importa mucho), porque me considero, independientemente del 'título', razonablemente comprometido con el problema de la conservación de los recursos naturales. Y digo razonablemente porque no me gustaría caer ni en el victimismo ni en el heroísmo, dos formas de protagonismo con frecuencia gratuito extraordinariamente extendidas en nuestras sociedad (y en gran parte del ecologismo).

Seguiré criticando —seguramente— al ecologismo, a ese que según Domínguez, no lo es, pero así se llama; y seguiré criticando al ecologismo cuando no esté de acuerdo con sus propuestas aunque éstas emanen de esa categoría 'A' del ecologismo verdadero. Pero al tiempo, seguiré manteniendo mi disposición al debate de ideas, al contraste de pareceres, al análisis de propuestas, a la colaboración y, en su caso, al apoyo formal o activo. Nadie mejor que el propio Domínguez tiene la prueba de que así es, pues fue precisamente a él a quien solicité, por su espíritu combativo, solventes conocimientos y compromiso sincero con el ecologismo, que se hiciera cargo de una sección especial sobre el tema en el *Bol.SEA*. Así que no se nos puede negar un talante abierto al diálogo, talante que intuyo escaso en el ecologismo. En la SEA hay, por supuesto, muchos entomólogos; pero también muchos ecologistas (ignoro de qué categoría, si de los falsos o de los 'A'). Por mi parte, sigo sin saber si soy o no un ecologista... la verdad es que el *Manifesto científico por Los Monegros*, el *McM*, apenas me ha dejado tiempo en los últimos meses para pensar en la cuestión.